

# Los Espías Cubanos Infiltraron a Grupos del Exilio

**El Nuevo Herald-Abril 28, 1999**

**Author: JUAN O. TAMAYO, The Miami Herald**

Esta es la tercera y última de tres entregas sobre el tema del espionaje cubano en Miami.

Percy Francisco Alvarado, un hombre de 49 años, robusto, profesor de marxismo en la Universidad de La Habana, inició su testimonio en el juicio del salvadoreño Raul Ernesto Cruz León el mes pasado en La Habana con una declaración que despertó un murmullo entre la audiencia.

"Para la Fundación Nacional Cubano Americana yo soy el Agente 44. Pero para los órganos cubanos de la Seguridad del Estado, yo he sido el Agente Monk durante los últimos 22 años", declaró con una potente voz.

Alvarado testificó que, durante uno de sus muchos viajes a Miami entre 1993 y 1995, funcionarios de la FNCA lo reclutaron para que llevara a cabo varias misiones en Cuba, desde localizar supuestos objetivos para colocar explosivos, hasta introducir de contrabando dos bombas en La Habana.

Hijo de un marxista guatemalteco que llevó a su familia a vivir en Cuba en 1960, Alvarado utilizaba su pasaporte de Guatemala para viajar a Miami como "mula", cobrándoles a los exiliados una tarifa por llevarles dinero y medicinas a sus familias en la isla.

Los funcionarios de la FNCA que él identificó -su presidente José Francisco "Pepe" Hernández, los activistas de derechos humanos Luis Zúñiga y los miembros de la junta directiva Arnaldo Monzón y Roberto Martín Pérez- negaron todas las alegaciones.

Alvarado también identificó a los hombres que le entregaron las dos bombas como Posada Carriles y Gaspar Jiménez, en ocasiones chofer y guardia personal del presidente de la FNCA Alberto Hernández.

Pero los anticastristas radicales que conocieron a Alvarado lo describen como un agente provocador, ofreciéndose siempre para acciones ilegales o violentas en el interior de Cuba e incitando a los exiliados radicales a actuar.

"Siempre estaba dándole cuerda a alguna persona o en alguna conspiración", dijo uno de los exiliados.

Alvarado en una ocasión trajo lo que dijo era una carta original del héroe de la independencia de Cuba José Martí, y anunció que se la quería vender a la FNCA, dijo Víctor Hernández, un amigo que dejó que Alvarado se alojara en su casa de Miami en varias oportunidades.

Otro exiliado recordó que Alvarado pidió miles de dólares en efectivo para financiar lo que presentaba como una célula secreta de opositores de Castro en el seno de las fuerzas armadas de Cuba y el Ministerio del Interior.

"Algunos de nosotros no le prestamos atención", dijo el exiliado. "Pero yo sé que otros sí cayeron en sus trampas".

La decisión de La Habana de descubrir a Alvarado, Madruga, Fernández y su esposa como espías en los juicios de los dos salvadoreños -si en verdad estaban diciendo la verdad- no sorprendió a las autoridades de Estados Unidos que se ocupan de Cuba.

“Primero, querían presentar el caso más fuerte posible contra los salvadoreños. Segundo, querían desconcertar a los exiliados. Tercero, querían presionarnos para que actuáramos contra los exiliados que preconizan la violencia”, dijo un funcionario que siguió los juicios.

Cualesquiera que fuesen los complots que los espías cubanos pudiesen haber instigado en Miami, agregó el funcionario, “las provocaciones de los espías de Castro nunca pueden ser una defensa para los exiliados que se comprometen en acciones ilegales desde el territorio estadounidense”.

Pero no es así como Francisco Avila ve las cosas.

Instalador de losas en Miami, Avila ha admitido trabajar para Cuba y más tarde para el FBI, hasta 1992, en la misma época en que servía como jefe militar para Alpha 66, grupo que aboga por el derrocamiento violento de Castro.

“Los agentes de Castro aquí instigaban acciones de manera que él pudiera después calificarlos de terroristas, y desviar la atención de su propio terrorismo contra los cubanos”, dijo él.

Avila expresó que sus propios jefes cubanos le entregaron dinero en efectivo a finales de la década del 80 y principios de los 90 para financiar tres ataques de exiliados, por mar, contra instalaciones costeras cubanas, acciones conocidas como “tiroteos desde el mar”. Y también recuerda el caso de un disidente cubano que vino de visita a Miami a comienzos de los 90 y que “simplemente entró en la sede de la FNCA y anunció que quería explosivos y dinero para poner bombas en Cuba”.

Pepe Hernández cacheó al visitante en busca de una grabadora oculta, dijo Avila, y después “le explicó los intereses pacíficos de la FNCA y le dijo que se retirara. Cuando salía se tropezó con Zúñiga [Luis], y Zúñiga le dijo lo mismo”. El visitante más tarde decidió permanecer en Miami y le confesó a los directivos de la FNCA y al FBI que los agentes de la Seguridad del Estado de Cuba lo habían presionado para que se convirtiera en un espía y tratara de provocar a la FNCA, dijo Avila.

La Seguridad del Estado de Cuba ha revelado mucho más sobre Alvarado, Madruga, Fernández y su esposa, que sobre el hombre que tal vez pudiera ser su espía en Miami con más éxito en los años recientes.

Ivan Luis, entonces de 48 años, y su esposa, María Elena Reyes, llegaron a Miami Beach el 9 de julio de 1993, a bordo de una embarcación con otros 25 refugiados. Contaron una historia de largos días en el mar hasta que desembarcaron en las Bahamas, recibieron dinero de unos familiares en Miami y contrataron a un contrabandista para que los trajera hasta aquí.

“La gente en la playa nos recibió muy bien. Todos vinieron a saludarnos. Hablaron con nosotros, nos aplaudieron, nos dieron comida”, le dijo Luis al reportero del Herald que lo entrevistó.

Durante los cinco años siguientes, Luis penetró tranquilamente la FNCA y el Ex-Club, el Centro Cubano de Investigaciones Militares y la Unión de Oficiales y Soldados Libres, un grupo encabezado por el ex coronel de la Fuerza Aérea cubana, Alvaro Prendes. Incluso formó parte de la junta directiva del Movimiento Cívico por los Derechos Humanos.

“Estaba en todas partes”, dijo el reportero del Canal 23, Rafael Orizondo, quien primero identificó a Luis como espía el pasado mayo, poco después que Luis dejara su trabajo como chofer de un van de un servicio médico, desapareciendo. Luis fue identificado más tarde como un teniente coronel de las Fuerzas Armadas cubanas y su esposa, que aparentemente había regresado a Cuba el año anterior, como capitana del Ministerio del Interior.

Luis dejó atrás a un asombrado compañero de casa durante varios meses, José Enrique “Cucu” Bringuier, de 79 años, un pobre ex prisionero político y miembro del Ex-Club, así como \$5,000 en cuentas de teléfono sin pagar.

La activista de derechos humanos de Miami Ruth Montaner recuerda a Bringuier diciéndole: “¡He estado viviendo con un espía!”, durante una comida en el Restaurante Versailles, justo antes de que Orizondo diera a conocer su historia.

Unas pocas semanas después, a finales de junio, Bringuier le telefoneó diciéndole que estaba afectado por muchos malestares, pero que “tenía que decirle algo urgente”, relata Montaner. Nunca llegaron a verse. Ese fin de semana, el cuerpo de Bringuier fue encontrado en la cama de su apartamento de Miami, y un fino hilillo de sangre corría desde el sitio en la barbilla donde se había disparado a sí mismo.

Los redactores de The Miami Herald Rick Jervis y Lisette García contribuyeron a la redacción de este artículo.

Foto: Escena del juicio a Ernesto Cruz León (n)

Memo: Tercero de una serie de tres artículos  
Edition: Final  
Section: Panorama  
Page: 10A

Record Number: 9904290054  
Copyright (c) 1999, 2000 The Miami Herald

[http://docs.newsbank.com/s/InfoWeb/aggdocs/AWNB/0EB7B618B7D62E36/0D0CB4F723A99D0A?p\\_multi=ENHB&s\\_lang=en-US](http://docs.newsbank.com/s/InfoWeb/aggdocs/AWNB/0EB7B618B7D62E36/0D0CB4F723A99D0A?p_multi=ENHB&s_lang=en-US)